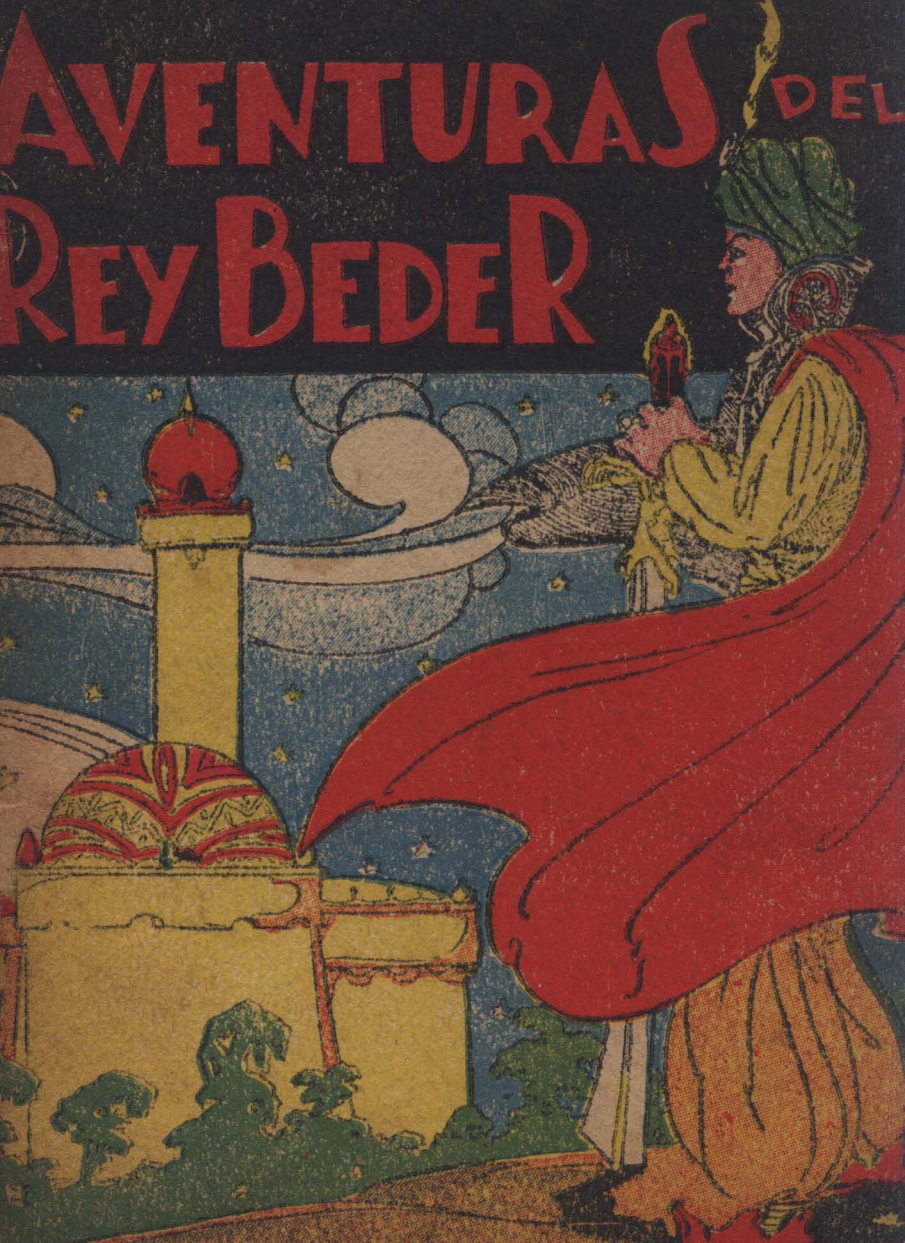
AVENTURAS DEL REY BEDER



00163246

Morita

AVENTURAS DEL REY BEDER

CUENTO ÁRABE

EDITORIAL TOR
Soc. de Resp. Lda. - Capital $ 2.000.000
Río de Janeiro 760 — Buenos Aires

LA ABEJA

LA MEJOR Y MAS ECONOMICA COLECCION INFANTIL ILUSTRADA

HAN APARECIDO HASTA LA FECHA:

1 - Pinocho en el teatro de títeres
2 - Blancanieves y los 7 enanitos
3 - Los príncipes encantados
4 - La bella durmiente del bosque
5 - Juanfuerte
6 - Piel de asno
7 - La princesa y el erizo
8 - Alí Babá y los 40 ladrones
9 - La inocente mensajera
10 - Pinocho en campo de milagros
11 - El pájaro verde
12 - Pulgarcito
13 - Los maestros cantores
14 - El rey del río de Oro
15 - Caperucita Roja
16 - Las tres princesas
17 - El triunfo del zorro
18 - Pinocho en la isla de las abejas
19 - La princesa picarona
20 - Simbad el marino
21 - Canción de Navidad
22 - Un viaje maravilloso
23 - El niño que se volvió hormiga
24 - El enano Zacarías
25 - Pinocho en gruta del monstruo
26 - El legado del moro
27 - El gato con botas
28 - El hada de Granville
29 - De los Apeninos a los Andes
30 - Meñique
31 - El rey Cuervo
32 - Almendrita
33 - Pinocho en el país de juguetes
34 - El niño perdido
35 - Robin Hood
36 - La isla encantada
37 - Pif Paf
38 - La carga liviana
39 - La alfombra mágica
40 - El pájaro que reía
41 - La Cenicienta
42 - Aventuras del rey Beder
43 - El muchacho y la fortuna, Fábulas de Samaniego
44 - Pinocho en el fondo del mar
45 - Gulliver en el país de enanos
46 - La bella Dorigen
47 - Las salamandras azules
48 - Los zuecos maravillosos
49 - Las tres hermanas
50 - Fábulas de Iriarte
51 - El niño raptado
52 - Barba Azul
53 - Tanino el hormiguerino
54 - Gulliver en el país de gigantes
55 - El tejedor de Segovia
56 - El príncipe Cododac
57 - La amiguita de los pájaros
58 - La señorita Scuderi
59 - Fábulas de Esopo
60 - Constancia
61 - Nicolasón y Nicolasín
62 - Los rosales de la reina
63 - El enfermero del Chacho
64 - Grisélidis
65 - Alicia en el país de maravillas
66 - Aladino
67 - Genoveva de Brabante
68 - La Sirenita
69 - Peter Pan
70 - El patito feo
71 - Hombre que vendió su sombra
72 - Los tres pelos del diablo
73 - Hansel y Gretel
74 - La flor del pantano
75 - El buque fantasma
76 - La cámara del tesoro
77 - La desobediencia
78 - El tarro de aceitunas
79 - El mensajero de la corona
80 - La camisa del hombre feliz
81 - La verdad sospechosa
82 - La graciosa Emelia
83 - El muchacho afortunado
84 - La novia elegida
85 - Las dos estatuas
86 - La botella encantada
87 - El mercader de Venecia
88 - La obligación
89 - El favorito ingenioso
90 - Los dos ruiseñores

UN VERDADERO ESFUERZO EDITORIAL Y ARTISTICO SIN PRECEDENTES EN AMERICA

Se ha hecho el depósito que exige la Ley 11.723.

I

Hay que casar al rey

DESPUES de la muerte del viejo rey, su hijo, el príncipe Beder, subió al trono de Persia. El joven rey poseía dilatados dominios, que administraba con el beneplácito de sus numerosos vasallos. Era admirado por su sabiduría y la nobleza de su corazón.

Transcurridos varios años, vino a hacerle una visita el rey Saleb, tío suyo, hermano de su madre, la reina Gulnara.

Cierta noche, después de cenar, el joven rey Beder se recostó en un sofá y cerró los ojos. Saleb y Gulnara, creyéndole bien dormido, se pusieron a hablar en voz baja; conversación que escuchó en todos sus pormenores el joven rey.

—Hermana mía —decía el rey Saleb—. Cáusame extrañeza que mi sobrino, siendo un joven tan apuesto y perfecto, no tenga aún la elegida de su corazón. Ha cumplido ya los veinte años, y a esa edad, un rey debe casarse. Yo creo que una princesa, que tú y yo conocemos, sería la joven que más le convendría, y, si me autorizas, yo me encargaré de este asunto.

—Verdad dices, hermano Saleb —contestó la reina Gulnara—. ¿A qué princesa te refieres? ¿Crees que sea merecedora de reinar al lado de mi hijo?

—Me refiero a la princesa Giborosa, hija del rey de Samandal. Su gracia, prodigiosa belleza y nobles cualidades, son alabadas por todos. Merece, sin duda, ser esposa de Beder. Sin embargo, hay una dificultad que entorpecería nuestros planes. Ya sabes que al rey Saleb lo distinguen el orgullo y la vanidad. Se cree superior a todos los demás reyes. Por ahora, pienso que sería mejor que yo mismo fuera a Samandal y le solicitara a Saleb la mano de su hija para mi sobrino.

Beder, a quien su madre y su tío creían bien dormido, no había perdido una sola palabra de la conversación sostenida por aquéllos.

Al día siguiente, Beder contó a su tío que había oído toda la conversación acerca de su casamiento, y que estaba resuelto a acompañarle al reino de Samandal para ver con sus propios ojos a tan hermosa princesa.

Sorprendido por tal incidencia, el rey Saleb previno a su sobrino que no sería prudente que le acompañara; que el reino de Persia necesitaba a su soberano en el gobierno; que serían muchos los inconvenientes que acarrearía su ausencia, y que,

Se pusieron a hablar en voz baja

además, debería, antes que nada, enterar a la reina madre de sus propósitos.

Estas y otras observaciones hizo Saleb a su sobrino, pero fué inútil. Beder no cejaba en su propósito. Viendo entonces que no convencería al animoso joven, sacó un anillo que llevaba puesto en su dedo y se lo entregó al tiempo que le decía:

—Bien. Ya que no quieres esperar el resultado de mis gestiones y estás resuelto a conocer a la princesa Giborosa, lo que puede exponerte a recibir un desaire, te entrego este anillo en el que están grabadas las mismas palabras misteriosas de Dios, puestas en el sello de Salomón, por cuya virtud tantos milagros se han realizado. Llévalo

en el dedo anular de la mano izquierda. Sígueme, y mientras lleves el anillo, no temerás a nadie ni a nada.

El rey de Persia se puso el anillo en el dedo anular y siguió a su tío. Ambos no tardaron en llegar al palacio de éste, donde también habitaba la abuela del rey Beder. La anciana recibió a su nieto con júbilo indecible. Saleb explicó a su madre cuál era el objeto del viaje, y lo que se proponían hacer.

II

Lucha terrible en palacio

Al siguiente día, después de haber preparado los regalos que debía ofrecer al rey de Samandal, acompañado por numerosa y brillante escolta, Saleb se dirigió a realizar su cometido. Presentóse en el palacio real a cuyas puertas quedó su comitiva. El rey, al saber su llegada, se apresuró a recibirlo.

Saleb hallóse ante la presencia del rey de Samandal, que estaba sentado en su trono rodeado por guardias y cortesanos. Olvidando que también él era rey, y deseoso de granjearse su benevolencia, se postró ante el trono tocando el suelo con la frente, le saludó en la forma ritual, y le ofreció, al mismo tiempo, una rica colección de piedras preciosas y de maravillosas perlas.

El rey de Samandal levantóse de su trono, le tendió la mano dándole calurosa bienvenida, y le preguntó en qué podía servirle, a la vez que abría el cofre que contenía las gemas y quedaba deslumbrado de su hermosura e inmenso valor.

Tomó la resolución de conocer...

—Poderoso señor —empezó diciendo el rey Saleb—, grande es el favor que vengo a solicitar de vuestra indulgencia, pero en vista de la buena acogida que me habéis dispensado, espero que será bien recibida la demanda que vengo a formularos. Señor: dignaos honrarnos con vuestro parenteseo otorgándonos la mano de la princesa Giborosa, vuestra hija, para el...

No bien oyó estas palabras, el rey Samandal soltó una estrepitosa carcajada acompañada de ademanes que indicaban el más profundo desprecio, e interrumpió a su interlocutor:

—Hasta ahora os había considerado un hombre prudente y de recto juicio, pero al oíros hablar como acabáis de hacerlo, confieso que algo os ha obscurecido el cerebro. Solamente así pudisteis expresar semejante demanda. ¿Cómo habéis pensado que mi hija, la princesa sea vuestra esposa?

Asombrado y confuso el rey Saleb de que el otro

hubiese interpretado mal su petición, trató de refrenar su ira ante respuesta tan poco comedida, y, recordando la misión que traía, le explicó:

—Séame lícito deciros que no es para mí para quien yo vengo a pediros la mano de la princesa Giborosa, aunque no por eso me crea indigno de merecerla, porque me permitiréis que os diga que mi alcurnia en nada desmerece de la vuestra, pues bien sabéis que mis antepasados han sido siempre monarcas de los más poderosos reinos, y que nuestras riquezas no sólo igualan sino son superiores a las vuestras. Si Vuestra Majestad no me hubiese interrumpido tan descortésmente, habría sabido que yo he venido a solicitar la mano de la princesa Giborosa para mi sobrino Beder, rey de Persia, que es uno de los soberanos más poderosos de la tierra.

El rey lo increpó echando espuma por la boca:

—¡Perro, descendiente de perros! ¿Cómo os atrevisteis a pronunciar el nombre de mi sagrada hija? ¿Creéis, acaso, que pueda compararse con ella el hijo de vuestra hermana Gulnara?

Y, furioso, dirigiéndose a los guardias, el rey de Samandal ordenó:

—¡Prended a este perro y cortadle la cabeza!

Pero el rey Saleb era valiente y ágil como pantera. Antes que los guardias pudiesen desenvainar sus alfanjes, empuñó su filoso puñal a cuyo brillo cohibiéronse todos, y de un salto llegó hasta las puertas del palacio donde le aguardaba su comitiva y otra escolta más numerosa aún que su madre había enviado, previendo algún desmán del rey Samandal, cuyo orgullo y carácter violento conocía.

Saleb, al frente de los suyos, irrumpió en el

Sacó un anillo que tenía.

palacio del colérico rey y trabó reñida lucha con los defensores. Saleb en persona atacó al rey, lo sacó del trono a empellones y, tomándole de una oreja, lo condujo a una pequeña fortaleza cercana. Ahí lo encerró custodiado por su gente con muy severa consigna.

Seguro de que su enemigo quedaba bien encerrado y custodiado en la fortaleza, Saleb volvió al palacio y comenzó a registrar todos los aposentos en busca de la princesa Giborosa. Beder, que se apresuró a reunirse a su tío en cuanto se enteró de lo ocurrido, le acompañaba en la pesquisa. Tío y sobrino no dejaron rincón ni escondrijo del palacio sin revisar, pero la afanosa búsqueda resultó infructuosa: la princesa Giborosa no fué hallada por ninguna parte.

Y no podía ser de otra manera, pues la joven, al presenciar el tumulto ocasionado por Saleb, llamó a unas cuantas damas de su compañía y escapó con ellas hasta una isla desierta.

III

El pájaro verde

El desconsuelo del rey Beder al no poder encontrar por ninguna parte a la princesa Giborosa, no tuvo límites, y, triste y desesperado, echó a correr fuera del palacio; pero como desconocía esos lugares, no sabía qué camino tomar para regresar a su reino. Siguió andando sin rumbo fijo y dió la casualidad que fué a internarse en la misma isla en que la princesa Giborosa se había refugiado.

Desconsolado, el joven rey sentóse bajo un corpulento árbol y se puso a reflexionar acerca del objeto de su amor y los inesperados acontecimientos que acababan de suceder en el palacio del rey de Samandal.

Abstraído en estos pensamientos, llegó a sus oídos el eco de juveniles voces femeninas. Se incorporó y caminó hacia el punto de donde las voces partían, y no tardó en descubrir un grupo de jóvenes hermosas, entre las que sobresalía una de rara belleza y suma distinción. Al verla quedó asombrado de su divina y majestuosa hermosura. El corazón le decía, no sabía por qué, que esa joven no podía ser otra que la princesa Giborosa. Sin titubear se dirigió hacia ella, y saludándola con extrema cortesía, le habló de esta manera:

—Gracias doy al cielo por el favor que me otorga al permitirme admirar una de las criaturas más perfectas. Es dicha grande para mí poder ofreceros mis respetos.

—Muy cierto es, señor —contestó la joven—, que mi situación es realmente aflictiva. Sabed

El rey Samandal ordenó...

que soy la princesa Giborosa, hija del rey de Samandal. Vime precisada a huir para no caer en poder del rey Saleb, quien, sin saber yo el motivo, atacó nuestro palacio con su escolta, mató a la mayoría de los guardias y cortesanos que se resistieron, e hizo a mi noble padre prisionero.

Mucho alegróse el joven rey que los presentimientos de su corazón resultasen ciertos; pero más alegróse aún de que su tío hubiese tomado prisionero al rey de Samandal, porque dedujo que en tal situación y a fin de recobrar su libertad, le concedería la mano de su hija.

—Encantadora princesa —dijo luego—, muy justo es vuestro sentimiento, pero la desgracia que lo determina puede tener fácil y rápido remedio, y así lo juzgaréis vos misma cuando os enteréis que soy el rey de Persia, sobrino del rey Saleb, quien vino a pedir a vuestro padre vuestra mano para mí; porque es preciso que os diga que antes de haberos visto y sólo por la descripción

que oí hacer de vuestra divina hermosura, os entregué mi corazón y ansié con el alma conoceros. Os ruego que aceptéis la ofrenda de mis puros sentimientos y el homenaje de un rey poderoso que ha abandonado sus dominios con el único propósito de ofreceros su corazón y su corona.

Estas declaraciones no produjeron el efecto que esperaba Beder. Al enterarse la princesa que era éste el causante de la desgracia de su padre y de la suya propia, exclamó con fingido agrado:

—Por lo que me decís, sois hijo de la reina Gulnara, tan nombrada por su lealtad y nobleza, y me alegro de ver en vos su digno descendiente. El rey, mi padre, ha hecho mal, sin duda, al oponerse a nuestra unión, en la que yo, por mi parte, consiento con agrado. Su negativa es perdonable porque no os conocía, pero segura estoy que en cuanto os vea mudará de parecer.

En el colmo de la dicha, el rey Beder se prosternó a los pies de la princesa, cuya mano se disponía a tomar para llevarla a sus labios, cuando ésta, dándole un fuerte empellón y abriendo al mismo tiempo una cajita con polvos amarillos, que había sacado disimuladamente de entre sus ropas, tomó un puñado de ellos y se los arrojó encima, al tiempo que exclamaba:

—¡Temeroso e insensato joven! ¡Deja la forma que tienes y en castigo de tu osadía, conviértete en pájaro verde con pico y patas amarillos, cola roja y alas azules.

Consumada en el acto la transformación impetrada por la princesa, que era en realidad una prodigiosa maga, el rey Beder se convirtió en pájaro.

Mandó la princesa a una de sus damas que lle-

...irrumpió en el palacio...

vara aquel pájaro a la isla Seca, que era un peñón desierto y árido situado en medio del mar, en donde no había gota de agua dulce ni la menor vegetación. Pero la dama, compadecida de la suerte del joven, en vez de llevarlo a la isla Seca, lo llevó a otra isla muy frondosa en la que había abundancia de agua y alimentos.

IV

El cazador de pájaros

Al mismo tiempo que ocurrían estos acontecimientos, la reina Gulnara vivía horas de crueles zozobras. Como Beder no se había despedido de ella cuando acompañó al rey Saleb, ni de éste ni de persona alguna, nadie sabía nada acerca de su paradero. La reina Gulnara, entonces, tomó la resolución de salir en busca de su hijo, para lo cual se dirigió primero al palacio materno, donde

habitaba la anciana reina, abuela de Beder y madre de ella y de Saleb.

La vieja reina recibió con estas palabras a su hija:

—Ya sé a lo que vienes, Gulnara. Pero lamento decirte que yo también ignoro en absoluto el lugar donde podría encontrarse Beder, desaparecido después de los terribles acontecimientos ocurridos en el palacio del rey de Samandal.

E inmediatamente refirió con toda clase de pormenores la petición de Saleb, su lucha con el rey hasta caer éste prisionero, y la desaparición de Beder y de la princesa Giborosa. Luego añadió:

—Sin embargo, no debemos desalentarnos. Estoy segura que pronto volveremos a verlo sano y salvo. Entretanto, como su desaparición puede dar motivo a algunas turbulencias en el reino de Persia, y mientras buscas sigilosamente a tu hijo por todas partes, considero que debes volver allá cuanto antes, ejercer el gobierno y publicar un bando en el que informes que el rey ha partido por algún tiempo a países extranjeros, y que mientras dure su ausencia ha delegado en ti el mando del reino.

Muy prudente valoró el consejo la reina Gulnara, y se aprestó a seguirlo. Mandó anunciar el viaje del rey Beder, y con la asistencia del Gran Visir y del Consejo, continuó gobernando sabiamente el reino.

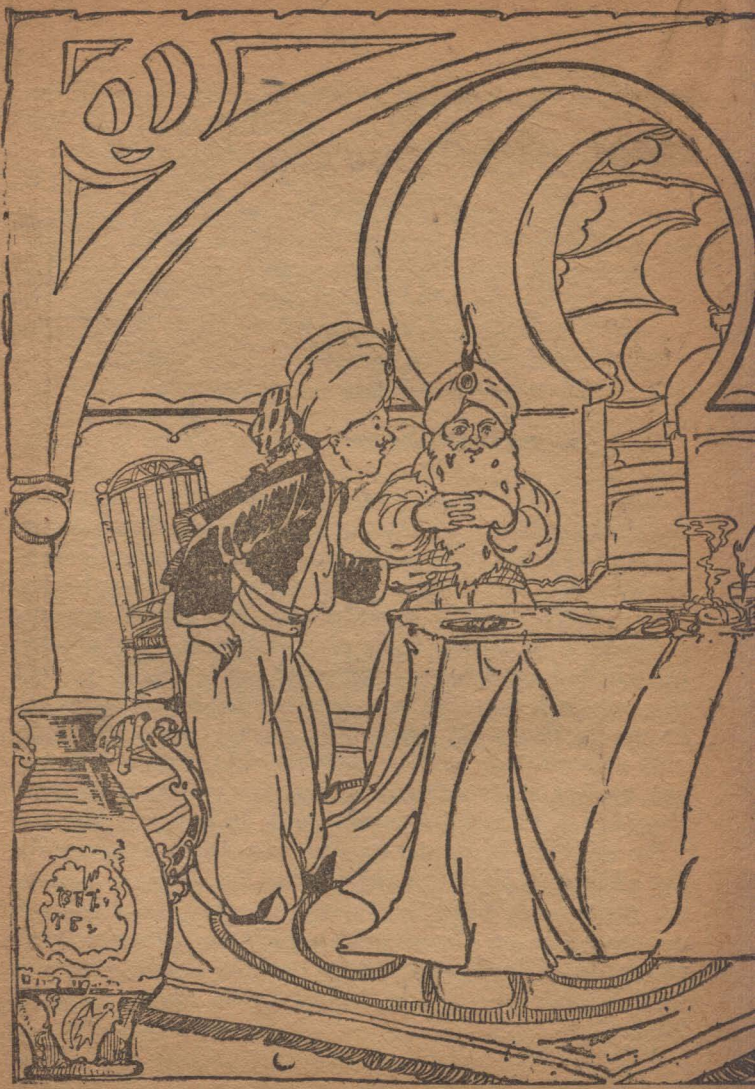
Mas su intranquilidad y aflicción, mantenidas en silencio, atormentaban su espíritu. Pasaban los días, que los creía interminables, sin recibir ningún informe de los emisarios secretos que habían mandado ella, su hermano Saleb y la madre de ambos, en busca del infortunado rey.

El rey Beder se convirtió en pájaro.

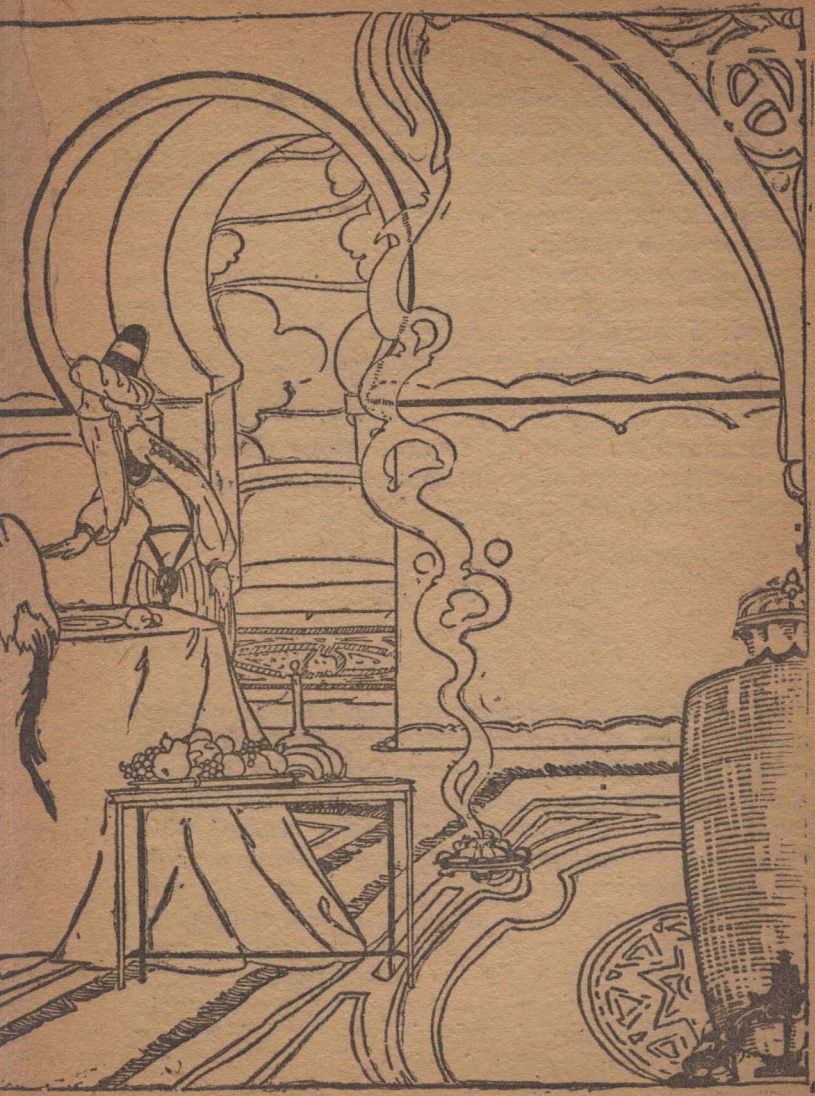
Este, entretanto, convertido en pájaro verde y reducido a hacer la misma vida de los de su especie, pasaba los días solitario en el bosque, alimentándose de las frutas y semillas que encontraba.

Sin duda, habría muerto allí de viejo si no hubiese mediado una feliz circunstancia. En efecto, un diestro cazador de pájaros, que venía de vez en cuando a aquella isla, lo descubrió un día posado en la rama de un árbol. Al ver un pájaro de una especie tan rara y desconocida, empleó todas sus mañas para atraparlo en sus redes, y lo consiguió. Lo observó atentamente de cerca y pensó: "En mi vida he visto un ave tan rara, a pesar de los años que llevo en mi oficio. No sé a qué especie pertenece, pero estoy seguro que si lo llevo a mi rey, que es aficionado a pájaros raros y hermosos, me dará una buena gratificación que me valdrá más que la de todos estos otros pájaros juntos".

El cazador colocó al extraño pájaro en jaula aparte, le alimentó bien, y se dirigió al palacio



—¿Por qué caus



ría vuestra hermosura?

de su rey. Este, justamente ese día había salido a pasear, y encontró al cazador en su camino. Llamóle grandemente la atención el hermoso pájaro enjaulado, y mandó a uno de los guardias de su escolta para que se lo trajera y preguntase al cazador si lo vendía.

—Esta preciosa ave —contestó el cazador al guardia— está precisamente destinada a Su Majestad. Y sería honor muy grande para mí si Su Majestad se dignase aceptarlo como obsequio de su vasallo.

Satisfizo al rey el regalo, y mandó que dieran al cazador diez monedas de oro, lo que significaba una fortuna para el pobre hombre, que se marchó dando saltos de alegría.

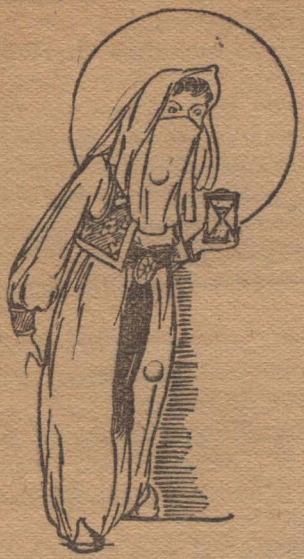
V

Se desvanece el pájaro

Una vez que el rey regresó a su palacio, ordenó que trajeran el raro pájaro a su presencia, y lo colocó sobre la mesa en que comía. Lo observó con suma atención. Quedó perplejo al comprobar tanta belleza de forma y colorido. Nadie sabía cómo se llamaba aquel peregrino ejemplar ni de dónde procedía.

Ocurriósele al rey sacar de la jaula a su alado huésped para observarlo mejor, y, con sorpresa y admiración suya y de los cortesanos presentes, el pájaro se dirigió al plato cercano, comió parte del manjar servido, desmigajó un trozo de pan y metió el pico en la copa de vino.

El rey mandó llamar a la reina para que con-



.vivía horas de crueles zozobras...

templara tal maravilla. En cuanto ésta llegó, apresuróse a taparse el rostro con el velo.

—¿Por qué causa cubrís vuestra hermosura? —preguntó el rey—. Aquí no están más que mis servidores y vuestras damas.

—Os equivocáis, señor —respondió la reina—. Aquí hay un hermoso joven, un rey poderoso extranjero.

—¿Habéis perdido el juicio, querida Fátima? —dijo el rey.

—Yo sé lo que os digo —insistió la reina—. Sabed que este pájaro verde que está sobre la mesa es un hombre, así transformado por el ensalmo de una princesa. Es Beder, rey de Persia,

hijo de la reina Gulnara. Ha sido convertido en pájaro por la princesa Giborosa.

Y narró Fátima todo lo acaecido en el palacio del rey de Samandal.

—¿Cómo es posible que este pájaro sea un rey? —exclamó, incrédulo, el monarca—. En ese caso, y ya que vos estáis tan instruída en el arte de la hechicería y de la magia blanca, ¿no podríais hacer recobrar al joven rey su condición primitiva?

—Si tal es vuestro deseo, así lo haré.

Vertió sobre el pájaro unas gotas de agua y exclamó:

—Si has sido convertido en ave por ensalmo y hechicería, te mando que recobres tu ser primitivo y abandones la forma de pájaro.

Al instante, se desprendieron todas las plumas del ave, se desvaneció su forma alada, y apareció el joven rey Beder en toda su magnífica prestancia.

—¿En qué podría serviros? —ofrecióse el rey.

—El mayor servicio para mí —contestó Beder—, sería que me proporcionarais una nave que me conduzca a mi reino de Persia, donde mi madre y mis súbditos estarán, sin duda, muy afligidos por mi desaparición.

El rey accedió y ordenó que prepararan la mejor nave de su escuadra. Beder despidióse de Fátima y del rey, renovándose las muestras de su agradecimiento y se embarcó a su reino de Persia.

VII

La ciudad de los encantos

Llevaba ya varios días de tranquila navegación, cuando una terrible tormenta llevó a la nave en que viajaba Beder contra las rocas de la costa, donde quedó completamente destrozada. La mayor parte de la tripulación pereció ahogada; el resto logró salvarse milagrosamente.

...tomó una taza de agua...

Beder, que era eximio nadador y gracias a un madero flotante, después de no pocos esfuerzos, llegó a una playa lejana, desde la que se veía una ciudad de atractiva apariencia. Abandonó el madero protector y caminó tierra adentro.

Vió salir de un bosque cercano un numeroso rebaño compuesto de animales de diferentes especies: caballos, toros, elefantes, camellos y hasta tigres y leones.

Beder no era hombre de amilanarse, y emprendió audazmente su camino hacia la llamativa ciudad entrevista. Los animales se retiraron y le dejaron libre paso.

Beder llegó a la ciudad, cuyas calles, en su mayor parte, estaban desiertas. Pasó por un barrio en el que había varias tiendas abiertas. Detúvose ante una en que se ofrecían diversas clases de frutas dispuestas en orden y con aseo. Dirigióse al anciano dueño de la tienda y le saludó cortésmente. Luego añadió:

—Sois la primera persona a quien hablo en esta ciudad, la cual, siendo tan bella, me extraña que esté desierta.

El anciano, agradablemente sorprendido por la presencia del visitante, lo invitó a entrar en su casa.

Entró Beder, y el anciano se apresuró a ofrecerle algún alimento.

—Me llamo Abdalá —dijo luego— y esta ciudad se llama La Ciudad de los Encantos. Está gobernada por la reina Laba, mujer de mala índole, maga y hechicera, de corazón perverso, y que se complace en hacer todo el mal posible. Esos animales que os salieron al encuentro, son hombres transformados en cuadrúpedos por arte de la rei-

...un rebaño de animales..

na. Cuanto joven llega a esta embrujada ciudad, es llamado por la reina, lo hospeda regiamente en su palacio, lo obsequia y le da pruebas de interés y afecto. El joven, confiado en la cordialidad acogida, nada sospecha, pero, al poco tiempo, se encuentra convertido en toro o en asno o en elefante, según el capricho regio.

—¡Suerte ímpia! —exclamó Beder—. Apenas acabo de librarme de una transformación y ya estoy en peligro de caer en otra.

Y refirió a Abdalá las desventuras que había sufrido, confiándole, a la vez, que era el rey de Persia.

El frutero, para tranquilizarle, expresó:

—Estando en esta casa y a mi lado, no correréis ningún peligro.

Aceptó Beder la amable hospitalidad ofrecida, e instalóse en la tienda.

Los que venían a comprar fruta admirábanse de que Abdalá hubiese adquirido un esclavo, según creían, de tan gallarda presencia. El anciano explicaba que el joven no era esclavo sino sobrino suyo, hijo de un hermano que acababa de fallecer, y a quien había adoptado haciéndole su heredero.

VII

El falso sobrino

Un mes hacía que el rey Beder vivía en La Ciudad de los Encantos, cuando acertó a pasar por la tienda la reina Laba con gran pompa de acompañamiento, y preguntó al frutero quién era el joven.

—Es un huérfano sobrino mío —afirmó el anciano— a quien he traído aquí para que me ayude e instruirlo en el comercio de frutas.

—Precisamente necesito un paje —dijo la reina— y vuestro sobrino me conviene.

Como no era posible contradecir a la soberana hechicera, el viejo accedió:

—Os lo cederé, señora, con tal que me prometáis tratarle como merece.

—No dudéis de ello. Lo trataré como si fuera mi propio hijo.

Al día siguiente, Beder entró al servicio de la reina.

Beder, en su calidad de paje, acompañaba por todas partes a la reina, pero, prevenido y receloso por las recomendaciones de Abdalá, se mostraba frío e indiferente con ella. Viendo ésta que ni sus atenciones ni su hermosura causaban el menor efecto en el ánimo del joven, decidió emplear con él sus artes de hechicería.

Un caluroso día en que el príncipe Beder se había recostado en el sofá de su aposento, entró cautelosamente la reina, y, creyéndole dormido, roció el piso con unos polvos amarillos, mientras repetía palabras y signos misteriosos. El reguero

—Me llamo Abdalá —dijo el frutero.

de polvos se convirtió en un arroyuelo de aguas cristalinas. La maga salió y volvió con un saquito de harina y otros ingredientes, con todos los cuales y empleando el agua del arroyuelo que seguía corriendo por la habitación, hizo un amasijo en forma de galleta. Concluída la operación, se alejó prestamente.

El arroyuelo había desaparecido.

Beder, que observaba atentamente todas las manipulaciones de la hechicera, corrió a casa de Abdalá y enteróle de lo ocurrido.

—¡Ya lo suponía! —exclamó el anciano—. Pero le daré su merecido.

Puso en manos del joven dos galletas y un frasquito con agua, y le explicó:

—Cuando la reina os ofrezca la galleta que le

habéis visto amasar, aceptadla, pero reemplazándola disimuladamente por una de las que lleváis. Luego ofrecedle la otra, que ella, para halagaros, aceptará, y cuando haya comido dos o tres bocados arrojadle el agua del frasquito, y, diciéndole que se convierta en mula, lo cual sucederá al instante, la traeréis a mi presencia.

Dió las gracias Beder al anciano, y volvió al palacio. Allí un cortesano le informó que la reina lo esperaba hacía rato en el jardín.

—Deseaba ofreceros —dijo aquélla al verlo— una galleta amasada por mis propias manos.

—¡Oh, señora, grande es el honor que me dispensáis!

—Tomadla, os lo ruego, y probadla. Os gustará.

Beder tomó la galleta y la substituyó disimuladamente por una de las que llevaba. Pero, antes de comerla, expresó:

—Permitidme, a la vez, que os ofrezca otra galleta muy delicada que me acaba de regalar mi tío.

La reina aceptó complacida. Beder elogió a su soberana:

—Señora, vuestra galleta es realmente deliciosa, ¿cómo encuentra Vuestra Majestad la mía?

La reina, en vez de responder, tomó de la fuente en el hueco de la mano un poco de agua, y rociando con ella al joven, exclamó:

—¡Desventurado! ¡Deja la forma que tienes y conviértete en un burro flaco y tuerto!

Como Beder continuaba comiendo tranquilamente, la reina quedó perpleja, pero para disimular su turbación, se echó a reír y dijo al joven:

—He querido asustaros, pero compruebo que

Beder continuaba comiendo tranquilamente.

sois valiente e impávido y que no hacéis caso de bromas, y para demostraros mi estimación comeré vuestra galleta.

La partió y comió un pedazo. No bien tragó dos bocados, Beder destapó su frasquito, y, echándole el contenido al rostro, exclamó:

—¡Repelente hechicera! ¡Deja la forma que tienes y conviértete en mula!

El cambio quedó hecho al instante. Y Beder, agarrando a la reina convertida en mula por las crines, llevóla a casa del frutero Abdalá. Este la aseguró con una brida especial, y recomendó al joven que partiera cuanto antes a su reino de Persia, y que no se deshiciese por nada del mundo del animal.

VIII

Grave equivocación de Beder

Beder abrazó y agradeció debidamente al anciano frutero su hospitalidad y el gran favor que le había hecho, y, montando en su mula, tomó el camino de su reino de Persia; camino que le indicó Abdalá.

Después de tres días de marcha, Beder llegó a una población donde se le acercó una vieja andrajosa, y dijo a Beder con lágrimas en los ojos:

—¡Hermoso joven! Al ver esta mula, tan parecida a una que tenía mi hijo y que después se le murió, no he podido contener mis lágrimas. ¡Oh, joven, yo os compraría vuestra mula!

—Os vendería mi mula por dos mil monedas de oro —dijo Beder en broma.

No fué poco el estupor de Beder al ver que la vieja extraía una bolsa con el dinero exigido, y, comprendiendo que estaba en mal terreno, disculpóse:

—¿No comprendéis, buena mujer, que lo que os he dicho, ha sido una broma?

—En esta ciudad no se bromea, y se castiga con la muerte al que falta a su palabra —respondió la vieja.

Beder tuvo que entregar su mula a la vieja andrajosa y recibir con repugnancia su maléfico dinero.

Muy lejos estaba Beder de suponer que esa miserable vieja era nada menos que la madre de la reina Laba.

Apenas la vieja se acercó a la mula, le quitó la brida, le arrojó un puñado de tierra y le gritó:

Agarrando a la reina convertida en mula, por las crines...

—¡Hija mía, deja la forma que tienes y conviértete en la reina Laba!

Y tal se hizo. Silbó tres veces la vieja y apareció en el acto un enorme gigante con alas, tomó a Beder y a las dos mujeres entre sus brazos y se remontó por los aires hasta depositar su carga en el palacio real de La Ciudad de los Encantos.

La reina Laba desahogó su rencor contra su antiguo paje con mil improperios e injurias, y lo convirtió en esmirriada lechuza.

La esclava a quien había encargado de la lechuza, sabía que ésta era el gallardo paje de la reina, y, desobedeciendo a su ama, le dió de comer abundantemente. Luego, como era amiga del frutero Abdalá, corrió hasta él y le narró lo sucedido. Abdalá dió entonces un silbido y apareció

instantáneamente un Genio con alas, a quien ordenó:

—Lleva a esta joven esclava a Persia y la depositarás en el palacio real.

Instruyó rápidamente a la joven lo que debería informar a la reina Gulnara y lo urgente que se hacía auxiliar al joven Beder convertido en lechuza.

Colocó el Genio a la joven sobre sus hombros y desapareció en los aires. Al momento, la orden de Abdalá quedaba cumplida.

La reina Gulnara, con incontenible emoción, abrazó a la joven esclava, e inmediatamente mandó llamar a su hermano Saleb, quien se presentó acompañado por varios oficiales. No tardó en formarse una numerosa expedición armada, a cuyo frente se pusieron el rey Saleb y la reina Gulnara. Atacaron de improviso el palacio real de La Ciudad de los Encantos, derrotaron a sus guardias, y dieron muerte a la perversa reina y a su madre.

Terminado el combate, la reina Gulnara mandó traer la jaula en que estaba la lechuza, sacó a ésta de su encierro y la roció con un líquido que llevaba en un frasco y el rey Beder recobró su primitivo ser.

X

Beder y Giborosa

En medio de tanta alegría y confusión, Beder dijo a la reina:

—Madre mía: he entregado mi corazón a la princesa Giborosa.

Con regocijo general esa noche...

—No me opongo a esa unión —contestó la reina—, pero es necesario saber antes lo que piensa su padre.

Saleb mandó traer al rey de Samandal, que continuaba encerrado en la fortaleza, y así que se encontró en el palacio real, el rey Beder respetuosamente, le dijo:

—Señor: soy el poderoso rey de Persia que os pide humildemente la mano de vuestra hija, la princesa Giborosa.

El rey de Samandal respondió:

—Sería para mí gran honor entregaros por esposa a mi hija.

Beder agradeció al rey su asentimiento, y, lleno de alegría, mandó buscar a la princesa Giboro-

sa, que todavía se hallaba en la isla desierta, creyendo que aun continuaba la prisión de su padre.

Adelantóse Beder y besó la mano que le tendía la princesa.

Con regocijo general, aquel mismo día celebráronse las bodas del rey Beder de Persia con la princesa Giborosa de Samandal.

Y reinaron Beder y Giborosa por largos y felices años.

FIN

Se terminó de imprimir en Buenos Aires, en los Talleres Gráficos de la Editorial TOR, el día 12 de junio de 1945.

3040

EDITORIAL
TOR
CUENTOS INFANTILES
LA ABEJA
42